

gos que le indican cuando avanzan y cuando se retiran sus compañeros de armas.

—¡Un esfuerzo supremo, y la victoria es nuestra!—se oyó gritar a don Juan.

—¡Viva México! ¡Viva el general Santa-Anna!—contestaron los soldados, henchidos de entusiasmo.

Varias descargas cerradas sucedieron a estas voces, y el terreno se enrojeció de sangre de nuevas y numerosas víctimas.

La ansiedad del ejército que observaba, era extrema.

La vista de todos estaba pendiente de la dirección del fuego.

De repente, se vió en el aire como una larga serpiente de lumbre que se alejaba huyendo de otra, que sobre la cima del cerro se ostentaba triunfalmente.

Las dianas y las músicas que se elevaban desde el vértice del punto disputado, anunciaba que la victoria había coronado a uno de los ejércitos.

¿Cuál era el que había alcanzado el triunfo?

Un arrogante joven que, montado en su brioso corcel, se presenta a los pocos instantes ante el general Santa-Anna, lo anuncia.

—Señor —dice llevando aún en la mano una espada ensangrentada—. Los norte-americanos huyeron derrotados; las tropas mexicanas coronan el cerro tan tenazmente defendido como intrépidamente ganado: yo, en nombre de mis compañeros de armas, saludo a mi general por el buen resultado del excelente plan de campaña. ¡Viva México! ¡Viva el general Santa-Anna!

—Don Juan —dijo el general—, el valor es una de las virtudes más dignas de recompensa: el de usted ha influido marcadamente en el buen éxito del combate; y yo, en nombre de la patria agradecida, le elevo al grado de capitán, tan justamente adquirido.

Y al decir esto, colocó sobre sus hombros las dos presillas que corresponden al grado de capitán.

El ejército entero aplaudió aquel grado de justicia, y el joven oficial volvió a su campamento sediento de nuevos combates y nuevas glorias.

CAPITULO V

Continúa la batalla de la Angostura

Al cansancio de la larga jornada de aquel día, y la fatiga de la sangrienta lucha sostenida con admirable denuedo por una y otra parte, siguió una noche oscura, lluviosa y fría.

Los soldados, con la ropa mojada y ateridos de frío pasaron la noche entera al vivac, frente al enemigo, sin poder encender una hoguera para calentarse, por haberse prohibido por el general en jefe que se hiciese lumbrada ninguna.

Todos sabían que la acción de aquel día sólo había sido el prelude de la gran batalla que debía tener lugar tan pronto como el sol apareciese en el horizonte.

El ejército, agobiado por la intemperie, falto de tiendas y de víveres, estropeado por la marcha penosa del desierto, anhelaba la luz de la aurora, para entrar en calor luchando, morir o triunfar pronto del enemigo, y poner término a la penosa situación que guardaba.

Molestados por la lluvia, el viento y el intenso frío que se sentía, pocos eran los soldados que podían entregarse al sueño.

Por fortuna, la desconocida mujer había colocado su cantina debajo de un árbol, y cobijada por unos petates que le servían de techo, resguardaba sus provisiones del agua.

Gracias a esta providencial circunstancia, la división que guarnecía el cerro tuvo dónde satisfacer la imperiosa necesidad de reanimar sus abatidas fuerzas con espirituosos licores, queso y galleta, que en abundancia había llevado la previsora comerciante.

Muchos de los oficiales, lejos de acercarse a la cantina, se paseaban silenciosos junto a sus compañías, entregados a las tiernas reflexiones que siempre asaltan al hombre la víspera de una gran batalla.

Todos eran valientes; todos habían arrastrado el peligro con admirable serenidad; pero sin embargo, cada cual traía a la memoria en aquel instante, el recuerdo de una madre, de una esposa, de una amante a quien tal vez no volverían a ver.

En esos momentos augustos, en que la muerte se cierne

despiadada sobre las cabezas de los que se dispone a arrebatarse del mundo, el corazón reconcentrado en sí mismo, recorre una a una todas las sensaciones tiernas que le ligan a la sociedad de que está próximo a ausentarse para siempre.

¡Cuán pocos son los que no sienten asomar a sus ojos una lágrima consagrada a la memoria de algún objeto dulcísimo que amoroso le espera!

Quien no llora podrá ser valiente; pero no humano y buen guerrero.

El sentimiento es la virtud del corazón, como el aroma es la recomendable cualidad de la flor.

Don Juan, el joven oficial que, con sorprendente arrojo había combatido pocas horas antes, entonces yacía sentado debajo de una peña, profundamente conmovido, y depositando algunas lágrimas en el retrato de una hermosa mujer que cubría de besos.

Era el retrato de su amorosa madre, que en aquel instante, sin duda, oraba triste y afligida por él, al Hacedor Supremo.

Pero, ¿dónde está su inseparable amigo Rafael? ¿Por qué no se le ve entre la oficialidad que recorre el campamento?

En vano se le buscaría ahora al lado de la débil tienda de la incógnita mujer.

Esta, por la vez primera, ignorando el sitio que él había elegido para pasar la noche, había colocado una cantina lejos de su alojamiento.

Sin embargo, antes de haberse resuelto a ello, le buscó disimuladamente por el campamento, dispuesta a descubrirle lo que tantas veces no se había atrevido a revelar.

No hallándole en ninguna parte, preguntó por él a un soldado, quien le dijo que estaba ocupado en curar a los heridos.

—Le veré mañana, antes del combate —dijo para sí la cantinera—; y pondré término a su tristeza y su inquietud. ¡Es tan bueno, que sería una crueldad ocultarle lo que le volverá la vida y la alegría!

Amaneció por fin el 23.

Las cornetas, los tambores y las músicas, saludaron la aurora de aquel día con marciales y animadoras dianas.

Todo el mundo estaba sobre las armas y dispuesto al combate.

El general Santa-Anna recorría a caballo el campo de batalla, y daba las disposiciones conducentes para alcanzar el triunfo.

La artillería había roto sus fuegos; y al estampido del cañón, el espíritu del soldado se inflama de ardor bélico.

Las divisiones todas anhelaban el combate y sólo esperaban la señal para saltar las formidables posiciones que guardaba el enemigo.

La misteriosa mujer de la cantina, después de levantar su tienda, cruzaba por las filas, buscando con la vista al médico Rafael, afanosa con deseo de comunicarle algún secreto.

La infeliz temía que le alcanzase alguna bala que la llevase al sepulcro sin confiar al más amoroso de los amantes un asunto de la más alta importancia para él, que sólo vivía de amor y para el amor.

Pero su empeño fué inútil. Rafael se hallaba en aquel momento en la brigada del general Mejía, que pasó de la izquierda a la derecha del camino.

El combate comenzó por el cerro ganado la víspera, a precio de mucha sangre, y que los norte-americanos, conociendo su importancia, trataban de ocupar en aquel instante.

Terribles esfuerzos hicieron para conseguirlo, pero los cuerpos ligeros que lo defendían cnsiguieron, como el día anterior, quedar victoriosos de sus valientes enemigos.

A poco la batalla se generalizó.

Los soldados entraron en ella sin haber comido el rancho, sin haber alimentado sus cuerpos.

A las siete y media de la mañana, ordenó el general Santa-Anna que se diese una carga sobre el enemigo.

La orden fué ejecutada con precisión y arrojo.

Las tropas, formadas en batalla paralelamente, avanzaron como una muralla impenetrable, arrojando un nutrido fuego que llevaba la muerte a las filas contrarias. Por el camino, y a las órdenes del general don Santiago Blanco, iba una columna compuesta de los batallones Mixto de Tampico, Fijo de México, Zapadores, y un regimiento de húsares, que ocupaba su izquierda. A la derecha de esta división, marchaba la que formaba el centro de la línea, mandada por el general Lombardini; junto a ella se veía la del general Pacheco; seguías a poca distancia, pero inclinada a la derecha como sirviendo de reserva, la columna del general Ortega, mientras el cuarto de línea, que había ido a reforzar a los cuerpos ligeros, mandados por Ampudia, ayudaba a éstos a lanzar del pie del cerro a los norte-americanos.

La línea que el enemigo había formado era oblicua, así

es que, aun cuando las divisiones mexicanas marchaban, como se ha dicho, paralelamente, la columna del general Mejía, que avanzaba por el camino, empezó a recibir un nutrido y mortífero fuego de cañón, mucho antes de que llegaran los otros a poder ofender a sus contrarios.

Terribles fueron los estragos causados en aquel instante por los norte-americanos; pero los valientes soldados, que sobre ellos iban, lejos de arredrarse por los claros que las balas del cañón dejaban en sus filas, continuaron avanzando con imperturbable serenidad, sedientos de luchar a la bayoneta para vengar la muerte de sus intrépidos compañeros.

Sin embargo, el fuego enemigo era certero y vivísimo; así es que el general Santa-Anna, conociendo que iba a sacrificar sin fruto la vida de aquellos héroes, dispuso que se detuvieran, abrigándose detrás de una colina que podía defenderles de las baterías de los norte-americanos.

Mientras de esta manera combatían, las divisiones del general Pacheco y Lombardini, que habían llegado a tiro de fusil del enemigo, rompieron un nutrido fuego sobre éste, que fué contestado con otro no menos vivo y mortífero.

Apenas había empezado aquél terrible combate, cuando el general Lombardini recibió una honrosa herida que le obligó a retirarse de la lid recayendo en el general Pérez el mando de su división.

El fuego que el enemigo hacía era tan certero y horroroso, que la tropa del general Pacheco, compuesta en su mayor parte de reclutas que oían por primera vez el silbido de las balas, sobrecogida de espanto, empezó a desbandarse sin escuchar la voz de sus oficiales que hacían esfuerzos inauditos por contener el desorden y dispersión. El general Pacheco, conociendo que el desaliento de su columna puede introducir la desmoralización de las otras, habla a sus soldados en nombre de la patria, para que recobren su serenidad; pero todo es en vano, porque el terror de que están poseídos les cierra los oídos y les ofusca el entendimiento y la razón.

Los norte-americanos, al advertir aquel desorden, tratan de aprovecharlo, contando ya con la victoria, y avanzan intrépidamente con la confianza de un próximo triunfo; pero la división del general Pérez, que no participaba del terror de sus compañeros, y que ve imposible acercarse al enemigo, ejecutando un cambio de frente sobre la derecha

con la precisión y sangre fría que se observa en una parada, obliga al confiado invasor a retroceder en el acto.

Una batería de a ocho, mandada por el capitán Ballarta, favoreció aquel diestro movimiento, obligando con sus fuegos a que los norte-americanos, que poco antes habían soñado con el triunfo, se retirasen destrozados y en completa confusión, dejando el campo regado de cadáveres.

Si la caballería hubiese llegado en aquel momento, la victoria hubiera sido completa, y el ejército de Taylor, hubiera tenido que rendirse a discreción; pero por desgracia estaba a distancia larga, y cuando llegó, los enemigos, favorecidos por el inaccesible terreno, se encontraban ya rehechos y dispuestos a disputar el paso. Sin embargo, la carga que dió, dirigida por el general Juvera, fué terrible. Infantes y jinetes, todos hacen abnegación de su vida en aras de la patria. El valiente don Angel Guzmán, coronel del regimiento de Morelia, se hace notable por su heroico comportamiento, rechazando al enemigo hasta la hacienda de Buena Vista; y parte de la caballería, como si tratase de rivalizar con él en grandes hechos, sigue hasta tan lejos a los aterrados invasores que, para volver al campo, tuvieron que tomar la retaguardia de las tropas de Taylor, y venir a salir por la izquierda de la posición.

No había sido menos tenaz que la lucha por el cerro ganado la vispera.

Los cuerpos ligeros, mandados por el general Ampudia, después de haber combatido heroicamente, seguían el alcance de sus contrarios que, arrojados del cerro, habían hecho alto en un sitio de difícil acceso, defendido por una batería.

Don Juan, con la espada desenvainada, iba delante de los soldados excitando su ardimiento, y trató de apoderarse de aquel punto a todo trance.

Para dar ejemplo avanza él primero a pecho descubierto.

Un soldado norte-americano, apoyando el rifle sobre una peña, le apunta a quemarropa, sale el tiro; y cuando el intrépido joven va a arrojar sobre la batería, cae a tierra pronunciando: «¡Viva México!»

Un grito de júbilo salió de las tropas invasoras; otro de indignación y de sentimiento se escuchó en la división mexicana.

Los norte-americanos trataron entonces de salir para apoderarse del joven que había caído; las tropas de Ampudia por su parte, trataron de retirarle; este empeño de una y otra parte, dió lugar a un vivísimo fuego, sostenido por

ambos lados con ardor, quedando tendido don Juan, con los brazos abiertos y el rostro oculto en unos matorrales, en el corto espacio que separaba a los combatientes.

Sin embargo, poco duró aquella lucha: la división mexicana, indignada de verse detenida por los que poco antes habían vencido, hizo un esfuerzo, y logró desalojar al enemigo causándole innumerables pérdidas.

Dueña así del cuerpo disputado, un oficial se agachó para ver dónde tenía la herida, le desabrochó la casaca que tenía el agujero de la bala en el pecho, pero no encontrando sangre ninguna en la camisa, empezó a registrarle y su mano tropezó con un objeto duro que se hallaba en un bolsillo practicado en el pecho.

El oficial sacó el objeto, y vió que era el retrato de una hermosa mujer, colocado en un grueso relicario de oro, en medio del cual había quedado enterrada la bala.

Don Juan, pues, no estaba herido: había caído privado del sentido, a causa del fuerte golpe recibido en el pecho.

Al recobrar los sentidos, que fué obra de un momento, preguntó si estaba herido, y enseñándole el oficial el retrato en que se había estrellado la bala, exclamó tomándolo en sus manos y besándolo con mucho cariño:

—¡Madre mía, madre mía! ¡dos veces me has dado la vida!

Luego, poniéndose en pie, guardando el retrato en el mismo sitio en que lo había tenido, y tomando la espada que estaba en el suelo, exclamó:

—Acabemos de triunfar de nuestros enemigos.

Pero éstos, aunque derrotados por todas partes en la primera carga, se reorganizaron muy pronto, favorecidos por el terreno.

Las tropas mexicanas habían vencido en aquel primer encuentro; pero arrojados los norte-americanos de una loma, volvían a rehacerse en la siguiente, presentando en cada una de ellas, un nuevo combate, que costaba abundante sangre a los asaltantes.

Santa-Anna, queriendo aprovechar el entusiasmo de la tropa, dispuso dar la segunda carga; forma al efecto una nueva línea de batalla, manda que se incorpore a las divisiones que se han batido la columna de reserva, haciendo que la que hemos visto ocupando el camino, quedase por aquella maniobra formando la reserva de la nueva línea.

La tropa avanza con la misma intrepidez y arrojo que la vez primera. La artillería, bajo las órdenes del general

Micheltorena, hace estragos en las filas enemigas. Al estruendo del cañón y el ruido de la fusilería, sigue muy en breve el terrible choque de la bayoneta. Yankees y mexicanos se baten cuerpo a cuerpo. La sangre tiñe el campo, y los muertos obstruyen el paso. La victoria duda a qué lado inclinarse, pero al fin corona a las tropas mexicanas, y el invasor huye derrotado a otra loma, dejando por trofeo uno de sus cañones y tres banderas.

El ejército había combatido sin haber probado alimento alguno. Eran las once del día, y el general en jefe conoció que era preciso dar al soldado algún respiro y fortalecerle.

Una ligera llovizna cayó en este momento de descanso en que la tropa procuró comer algo.

A las doce se emprendió de nuevo el ataque sobre las posiciones enemigas, tomando otra vez parte en él los zapadores y demás cuerpos que habían estado de reserva.

Taylor echó una mirada sobre el ejército que le atacaba, y creyéndole débil por la izquierda, destacó en aquella dirección una respetable fuerza, que encontró una resistencia increíble. La lucha se empezó tenaz y sangrienta: el general Torrejón, al frente de su brigada, carga denodadamente sobre la columna contraria, y pierde en aquel choque lo más granado de su oficialidad. Entonces se generaliza la acción: las tropas mexicanas avanzan sin cesar. Ampudia, con los cuerpos ligeros que en todo el curso de la batalla había hecho retroceder al enemigo, se encuentra en la misma loma que éste defendía. Allí se ve al valiente joven don Juan animando a sus soldados y difundiendo el terror en las contrarias filas.

¿Pero dónde está Rafael?

La cantinera le ha buscado en medio del combate creyendo encontrarle curando a los heridos, pero no le ha visto.

Tal vez se hallará en alguna de las otras divisiones que combaten también.

La lucha es cada vez más terrible; las víctimas se aumentan, y la sangre de los heridos empapa los pies de los que lidian sobre ellos.

Pero era imposible que se prolongase por más tiempo aquella lid. Era preciso que uno de los ejércitos cediera; y los norte-americanos, no pudiendo resistir el empuje de los contrarios, se retiraron hasta la última posición, dejando en poder del ejército mexicano otras dos piezas de artillería, una fragua de campaña, y muchas armas.